

Valentín Krasnogórov

¡Tengamos sexo!

Obra de teatro en dos actos

(Título original en ruso: Давай займёмся сексом!)

Traducción del ruso: Andrey Rubtsov

Personajes:

Marido
Esposa
Hermana
Profesor
Señorita

PRIMERA PARTE

El escenario, en principio, puede ser un espacio vacío. El mobiliario requerido, el de una oficina: un escritorio, algunas sillas, un sillón, etc 

El MARIDO está leyendo un libro. Entra la ESPOSA. El MARIDO continúa leyendo. La ESPOSA sale y vuelve a entrar. El MARIDO continúa leyendo.

ESPOSA. Tengamos sexo.

MARIDO. Tengamos. *(Sigue leyendo)*.

ESPOSA. ¿Me escuchas? Tengamos sexo.

MARIDO. *(Con el mismo tono.)* Tengamos.

ESPOSA. *(Sacudiéndolo del hombro)*. Te estoy diciendo, **¡tengamos sexo!** 

MARIDO. ¿Qué?

ESPOSA. ¡Sexo!

MARIDO. ¿Ahora mismo?

ESPOSA. ¿Por qué no?

MARIDO. Déjame al menos acabar de leer esta página.

ESPOSA. ¿Y si me apetece ahora?

MARIDO. ¿Qué te pasa?

ESPOSA. Nada. ¿Acaso estás en contra?

MARIDO. ¿Yo? No. *(Sigue leyendo)*.

ESPOSA. ¿Entonces?

MARIDO. ¿Entonces qué?

ESPOSA. Tú has dicho que no estás en contra.

MARIDO. ¿En contra de qué?

ESPOSA. De aquello.

MARIDO. ¿De qué aquello?

ESPOSA. Deja el libro, o lo tiraré por la ventana.

MARIDO. El libro no tiene nada que ver.

ESPOSA. Sé que no tiene nada que ver.  ¿Pero tú no querrás que te tire a ti por la ventana?

MARIDO. Dime, ¿qué quieres de mí?

ESPOSA. Ya te lo dije, tengamos sexo.

MARIDO. Me acabas de interrumpir en el lugar más interesante, él -pistola en mano- se acerca sigilosamente a la cama de ella.

ESPOSA. A mi cama no se acerca nadie.

MARIDO. Esto está bien.

ESPOSA. No estoy tan segura.

MARIDO. (*Mirando el libro a hurtadillas.*) Creo que ahora él la matará.

ESPOSA. (*Le arranca el libro y lo lanza al rincón.*) Ahora seré yo quien te matará a ti.

MARIDO. ¿Qué deseas de mí?

ESPOSA. Nada. A una mujer no le corresponde desear. Desear te corresponde a ti.

MARIDO. Me parece que estás muy nerviosa.

ESPOSA. Estoy absolutamente tranquila.

MARIDO. ¿Ha sucedido algo en el trabajo?

ESPOSA. ¿El sexo sólo se tiene cuando algo sucede en el trabajo?

MARIDO. No. No necesariamente.

ESPOSA. Gracias a Dios. Porque en verdad pensé que en tu trabajo nunca sucede nada .

MARIDO. Me parece que ahora no es el momento, ni el lugar.

ESPOSA. Para ti para el sexo nunca es el momento ni el lugar.

MARIDO. Alguien puede entrar ...

ESPOSA. Pero mientras tanto estamos solos. Por eso te apresuro.

MARIDO. Pero ya ves, que no es un lugar adecuado.

ESPOSA. ¿Y cuál es el lugar adecuado? ¿Por qué esto sólo debe suceder en el lecho conyugal, siempre a la misma hora, al final de la semana, diez minutos después de apagar la luz? ¿Por qué no por la mañana? ¿Por qué no de día? ¿Por qué siempre acostados? ¿Por qué no de pie o sentados? ¿Por qué no en el suelo o encima de una mesa? ¿Por qué no

encima de la lavadora? ¿Por qué no en un columpio? ¿Por qué no sobre un rollo de alambre de púas? ¿Por qué no a la luz de las velas? ¿Por qué no me tomas por sorpresa, de improviso, cuando no me lo espero y donde no es conveniente? ¿Por qué siempre en casa, cálida y acogedora, bostezando antes de ir a la cama, en eternamente misma cama ?

MARIDO. Porque en la cama resulta más cómodo.

ESPOSA. ¿Más cómodo? Entonces ¿por qué los abrazos en el asiento de atrás de un claustrofóbico coche, o en el bosque encima de un hormiguero, o en las oscuras escaleras de un frío portal se recuerdan toda la vida, mas las caricias conyugales en el hogar, en una cama suave, amplia y confortable, ideal para placeres sexuales, se olvidan en diez minutos ?

MARIDO. Porque ...Yo no sé por qué.

ESPOSA. ¿Por qué, cuando yo lavo los platos, tu no te me acercas y no me abordas por detrás? ¿Por qué tú no me acechas, no me cazas? ¿Por qué yo siempre estoy segura de que tú no harás nada inesperado? ¿Por qué no, en un concierto sinfónico? ¿Por qué no en un apartamento ajeno, donde en cada minuto puede entrar alguien?

MARIDO. Aquí en cualquier minuto pueden entrar.

ESPOSA. Que entren. Que por fin suceda algo. Yo no quiero que con inexorable fatalidad se repita siempre lo mismo. Quiero que haya imprevisibilidad. Quiero no saber lo que me espera esta noche. Tal vez un encuentro con una amiga en un café, o tal vez una fiesta en casa de amigos... O un tranquilo paseo por el parque en soledad, o descanso en el sillón con un libro en la mano, o una cita furtiva en una playa oscura bajo las estrellas... Bajo unas estrellas brillantes en un cielo negro y misterioso... La blanca arena, el susurrar de las olas, los abrazos ardientes de unas manos antes desconocidas, que con avidez exploran un nuevo, antes desconocido para ellos, cuerpo, y es mi cuerpo, que está esperando con impaciencia el encuentro con estas manos... Pero no fue así y no lo será, y sé exactamente lo que sucederá hoy, mañana y pasado mañana, y podemos suponer que mi vida ya ha terminado, porque yo ya lo sé todo, y no habrá nada nuevo. Yo no vivo, sino sólo sigo existiendo, sigo leyendo la misma página del mismo libro, y estoy tan aburrida, aburrida, aburrida... ¡Estoy tan aburrida! Tengamos sexo.

MARIDO. Oh, Dios mío, ¿otra vez?

ESPOSA. ¿Acaso ya lo hemos tenido?

MARIDO. ¿En general u hoy?

ESPOSA. Lo de en general, ya no me acuerdo. No hubo nada. Y no lo habrá. Existe sólo lo que tenemos ahora. ¿Por qué vivimos sólo el pasado o el futuro? ¿Por qué no tratar de vivir el presente, vivir ahora, y que ese "ahora" sea placentero? Tengamos...

MARIDO. ...Sexo.

ESPOSA. Sí. Para variar.

MARIDO. No te reconozco. Tienes unos giros algo cínicos. Explícitos y desnudos. "Tengamos sexo."

ESPOSA. ¿Y qué quieres que diga? "Hagamos el amor"? ¿Amor? ¿No te da risa? ¿No te da vergüenza? ¿No va a sonar cínico? Y, claro está, la palabra "desnudos" la pronuncias con desaprobación. Mejor "vestidos". Con un abrigo puesto, por ejemplo. Y con todos los botones abrochados.

MARIDO. En la sociedad decente no se habla de sexo.

ESPOSA. Se podría pensar que en una sociedad decente no lo practican.

MARIDO. Lo practican, pero no lo comentan.

ESPOSA. Cada uno de nosotros, en primer lugar, no es ni director, ni maestra, ni ingeniero, ni médico, ni miembro del parlamento. Por encima de todo somos hombres y mujeres. ¿Por qué no pensar en ello y no hablar de ello? ¿Por qué debería estar avergonzada de lo que es natural? ¿De lo da placer?

MARIDO. No hay de que avergonzarse, pero tampoco es necesario hablar.

ESPOSA. ¿De qué se habla en una sociedad decente?

MARIDO. No sé. De dinero.

ESPOSA. ¿Entonces quieres que te hable de dinero? ¿De lo que tú llamas tu salario? Entonces, hablemos de dinero.

MARIDO. No lo **hagas**.



ESPOSA. ¿Y que encuentras de cínico en la palabra "sexo"? Es franca, estoy de acuerdo. Pero el sexo es un hecho. Parte de la vida. Parte de la vida cotidiana. Parte de nuestra linda, cómoda, aburrida, triste vida familiar. Igual que tú dices: "Vamos a cenar." ¿Por qué yo no puedo decir: "Tengamos sexo"? Vamos a ver la televisión. Vamos de compras. Vamos al cine. Tengamos sexo. Saquemos la basura. Vamos a lavar la ropa. Vamos a llamar a nuestros amigos. Vamos ...

MARIDO. ¡Basta ya!

ESPOSA. ...Cambiemos de sitio el armario. Compremos una tetera... Tengamos sexo. Vamos a la cama. "Vamos a la cama." ¿Eso también suena cínico?

MARIDO. Depende con quien.

ESPOSA. Con el marido.

MARIDO. Con el marido no suena cínico.

ESPOSA. No suena en absoluto.

MARIDO. Dime, sin embargo, ¿tienes problemas en el trabajo?

ESPOSA. Tengo problemas en casa. En mi casa no sólo no se practica sexo, sino también se prohíbe hablar de él.

MARIDO. ¿Por qué debemos hablar de él?

ESPOSA. Justo porque no lo practicamos, por eso. ¿Y de qué más puedo hablar? ¿De los hijos que no tengo?

MARIDO. ¿Qué te pasa hoy?

ESPOSA. Nada. Hoy quiero hablar de sexo, una vez más de sexo y sólo de sexo. Al menos hoy. Al menos hablar. Lo estuve callando toda mi vida. Hablé de todo lo que hay en este mundo. He hablado de Beethoven y los precios del mercado. De las faldas y de pintura francesa. De elecciones municipales y de de la corbata de mi jefe. ¿Será posible que Beethoven, la pintura francesa, los precios del mercado, las faldas, las elecciones municipales y la corbata de mi jefe nos interesen a ti y a mí más que el sexo?

MARIDO. La faldas te interesan a ti.

ESPOSA. Y a ti también.

MARIDO. En una mujer a mi me interesa todo.

ESPOSA. Como no. Todo, todo lo que está por encima de la rodilla y por debajo de la cintura.

MARIDO. Soy un hombre normal.

ESPOSA. Me gustaría comprobarlo.

MARIDO. Estás hoy muy de verbo libre.

ESPOSA. Esto está bien. Crecí reprimida y cohibida. El sexo estuvo prohibido. De él no se hablaba. Era obsceno. Lo practicaban sólo de noche. Con las cortinas cerradas y las luces apagadas. Para que nadie lo viera, incluso tú mismo. Por la mañana no se debía recordar. En el trabajo no se debía comentar. Éramos asexuales. Entre las piernas no teníamos nada. Pero ahora lo hacen con la luz. Ahora lo exhiben en el cine. Ahora escriben sobre esto en revistas infantiles. Hace poco he encontrado en una revista para colegialas veintidós consejos de uso de la píldora anticonceptiva. Y yo recién acabo de enterarme.

MARIDO. Entonces, ¿qué quieres por fin?

ESPOSA. Liberar el sexo de la prohibición. Liberarlo del pecado. Quitarle el velo de secreto. Dejar de hablar de él metafóricamente. Llamar las cosas por su nombre. Pene. Orgasmo. Vagina.

MARIDO. Estás loca.

ESPOSA. Sí, iré repitiendo veinte veces, doscientas veces la palabra "vagina" hasta que no adquiriera un significado neutral, estéril, médico. Hasta que tu no dejes de reaccionar a esta palabra, hasta que la gente al escucharla se deje de risitas, deje de indignarse con su vulgaridad, deje de excitarse. Vagina, vagina, vagina, ...

MARIDO. ¡Cállate!

ESPOSA. Vagina, vagina, vagina, ...

MARIDO. Estás loca.

ESPOSA. Eres un hipócrita, un puritano. ¿Hay para ti algo más atractivo que una vagina? ¿Qué ves en tus sueños? ¿Qué miras tan detenidamente en las pinturas de los museos? ¿Qué es para ti lo más importante en una mujer? ¿Sus ojos? ¿Su sonrisa? ¡Anda, respóndeme!

MARIDO. Estás loca.

ESPOSA. Ya lo sé. Vivir así te vuelve loca. Pero, ¿acaso yo he vivido? ¿Qué he visto? ¿Qué he experimentado? Casa-trabajo, casa-trabajo, casa-trabajo... ¿Y en casa qué? ¿Y en el trabajo? ¿Dónde está la vida? ¿En qué se ha ido? Así que me queda una única posibilidad intentar aunque sea en el sexo olvidar mis pequeños problemas, problemas míseros, despreciables, los mismos que -sin embargo- te abruman y ahogan. Quisiera aunque sea por un espacio de un cuarto de hora dejar de odiar a mi misma. Aunque sea por un breve instante dejar de razonar. Dejar de recordar. Dejar de pensar. Sólo sentir. Sentir la alegría de la vida. El placer. La felicidad de tomar y ser tomada. Un hombre y una mujer siempre están en un estado de guerra, y el sexo es el único momento del armisticio, el único campo de la comprensión y de la atracción mutuas. La único instante en que una no se siente sola. Es un acto de unidad, es el tiempo de reconciliación con la vida, es la ilusión de amor, es el espectro de la felicidad, es una posibilidad de reafirmarse.

Pausa.

MARIDO. Escucha, ya que tú deseas tanto tener sexo conmigo...

ESPOSA. ¿Y por qué tú crees que contigo?

MARIDO. Tú misma has dicho: "Tengamos sexo."

ESPOSA. Pero yo no he dicho "que contigo". Simplemente "tengamos sexo".

MARIDO. ¿Simplemente?

ESPOSA. Simplemente.

MARIDO. ¿Con quién?

ESPOSA. ¿Tienes a alguien con quien puedas tenerlo sin mi?

MARIDO. En este momento no.

ESPOSA. ¿Y en otros momentos?

MARIDO. Teóricamente, con cualquiera.

ESPOSA. Dejemos la teoría, pasemos a la práctica.

MARIDO. Estoy cansado de tu acoso.

ESPOSA. Pobre e infeliz marido. Esta mortalmente cansado de sexo. Y según parece, cansado para toda la vida.

MARIDO. Sabes, todo esto ya me tiene harto. Tal vez tú me consideras tu marido, pero yo no te considero mi esposa. Y no pretendo tener sexo con una mujer ajena.

ESPOSA. ¿Y por qué has decidido que yo quiero tener sexo?

MARIDO. Entonces, ¿qué quieres?

ESPOSA. Nada. Ese es el problema. Yo no quiero nada. Estoy triste. Todos los días lo mismo. Estoy tan triste...

MARIDO. ¿Entonces para qué llevas una hora entera torturándome con tu labia? ¿De qué te sirve el sexo si no lo quieres? ¿Para atormentarme?

ESPOSA. ¿No tengo derecho de hablar? ¡Soy tu esposa!

MARIDO. ¡Déjeme por fin! ¡Tú no eres mi esposa! ¡Odio la palabra "esposa"! ¡Mi esposa me arruinó la vida! ¡Mi esposa me llevó a la locura! ¡Cállate! ¡Déjame en paz! *(Se va)*

ESPOSA. *(Sola)*. Un poco más, y me volveré loca definitivamente. Hay que salvarse. Hay que cambiar algo. Tan pronto como sea posible... Si no, será demasiado tarde. Tan pronto como sea posible... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Entra el PROFESOR.

PROFESOR. *(Al entrar.)* ¿Qué hacer? Se lo diré. Tengamos sexo.

ESPOSA. Es una propuesta un tanto inesperada.

PROFESOR. Bueno, de esto se trata. El sexo no planifican. El sexo sólo es bueno si es espontáneo, debe ser repentino, como un torbellino, e

inesperado, como un terremoto. Debe cogernos de improviso, cuando no se lo espera, y en el lugar que parecía imposible. ¿Está de acuerdo?

ESPOSA. Estoy de acuerdo.

PROFESOR. Entonces, empecemos.

ESPOSA. No tan rápido.

PROFESOR. Pero Usted ha dicho que está de acuerdo.

ESPOSA. Estoy de acuerdo en principio. Y no con su proposición, sino con sus palabras de torbellino y de terremoto.

PROFESOR. Si Usted está de acuerdo en principio, entonces empecemos. Arreglaremos los detalles a medida que vayamos avanzando. O al término del asunto.

ESPOSA. Yo no tengo tiempo.

PROFESOR. Yo tampoco. Así que no lo desperdiciemos. Comencemos de inmediato.

ESPOSA. No estoy acostumbrada de inmediato.

PROFESOR. Tonterías. Piense que la atrapó un torbellino.

ESPOSA. Y nosotros ciertamente no tenemos tiempo. Dígame, ¿qué hora es?

PROFESOR. Déjelo. ¿Quién tiene sexo mirando el reloj?

ESPOSA. ¿Por qué ha decidido Usted que yo quiero tener sexo?

PROFESOR. Todo el mundo quiere tener sexo.

ESPOSA. Menos yo.

PROFESOR. Entonces, ¿qué quiere hacer? ¿Aprender a hablar alemán?

ESPOSA. No quiero hacer nada. Y en cualquier caso, no quiero tener sexo.

PROFESOR. ¿No lo quiere tener en general o en este momento?

ESPOSA. En general.

PROFESOR. ¿Por eso me ha llamado?

ESPOSA. ¿Yo? Yo no le he llamado. Y en verdad, ¿quién es Usted?

PROFESOR Soy profesor de psiquiatría, psicología y sociología. Sexólogo y sexopatólogo. Curo, consulto, trato. Quito complejos, inspiro confianza en sí mismo, libero de tensión. Elimino la frigidez y liquido la impotencia. Satisfago a los insatisfechos. Es un trabajo duro. Recibo una ingente cantidad de llamadas. Me canso.

ESPOSA. ¿Es usted un médico?

PROFESOR. No del todo. Soy un consultor sexual: enseño, aconsejo, ayudo a solucionar problemas. Trato todas las enfermedades.

ESPOSA. ¿Por qué todas, si es Usted un especialista sólo en sexo?

PROFESOR. Porque todas las enfermedades se deben a la falta de sexo. ¿Ahora entiende por qué Usted se sientes mal?

ESPOSA. ¿Qué le hace pensar que me siento mal?

PROFESOR. ¿Usted ha dicho que no quiere tener sexo. Es una forma de locura.

ESPOSA. ¿Usted me considera anormal?

PROFESOR. No, no he dicho eso. La locura es la norma, ya que todos vivimos en un mundo loco. Anormal es aquel quien es normal. Pero voy a curarle.

ESPOSA. ¿Cómo?

PROFESOR Tengo un remedio universal. Sexo tres veces al día. En vez de desayuno, almuerzo y cena.

ESPOSA. Estoy de acuerdo.

PROFESOR. Estupendo. Sin embargo, el enfermo tiene que ser muy sano para recurrir a este remedio. ¿Está Usted sana?

ESPOSA. Estoy sana.

PROFESORA. Entonces Usted no tiene ninguna necesidad de ser tratada. Así que sin más tengamos sexo. ¿Sabe Usted qué es?

ESPOSA. Sabía, pero se me olvidó.

PROFESOR. ¿Usted tiene marido?

ESPOSA. El marido y el sexo son dos cosas diferentes. Y, además, no estoy segura de que lo tenga.

PROFESOR. ¿Cómo? ¿Usted ni siquiera sabe si tiene marido?

ESPOSA. Yo no sé si me es marido.

PROFESOR. Querida, veo que Usted tiene que comenzar una nueva vida. Y yo le ayudaré. Nadie en el mundo sabe lo que es el sexo. Sólo yo. Me he dedicado enteramente a él. Le he entregado los mejores años de mi juventud. Lo estudié en las bibliotecas y en los archivos, en las conferencias y en los museos, en los coloquios y en los debates.

ESPOSA. ¿Y en algún otro sitio?

PROFESOR. Si Usted se refiere a la vulgar práctica, tal vez sea bueno para un aficionado, pero no para el profesional de alto nivel. ¡Usted no puede ni imaginar que mundo tan rico se le desvelará cuando yo empiece a compartir con Usted mis conocimientos! Sexo primitivo. Sexo antiguo. Sexo egipcio, griego y romano. Sexo medieval. Sexo de Renacimiento. Sexo barroco y clásico. Sexo romántico. Sexo moderno. Sexo oriental. Sexo francés. El sexo de todos los países, tiempos y pueblos. Empezaremos con todo esto ahora mismo.

ESPOSA. ¿Todos a la vez? Yo le dejé dicho muy claro. Ahora no me encuentro dispuesta.

PROFESOR. Empecemos en el sentido lectivo. En plan académico. Para empezar, un curso de cuatrocientas ochenta horas. Estudiaremos los fundamentos teóricos. La historia. Los aspectos sociales. Los anexos prácticos. El Tantra y el Kama sutra. Imágenes. Películas. Fisiología y psicología. Higiene y técnica. Ejercicios. Entrenamiento de voz. De manos. De piernas. Aprender gritar. Suspirar. Gemir. Resistirse. Relajarse. Entregarse. Fingir.

ESPOSA. Sé fingir de sobra.

PROFESOR. Le enseñaré fingir de tal manera, que Usted misma se lo creerá.

ESPOSA. Y en cuanto me lo aprendo todo esto, ¿entonces qué?

PROFESOR. Será lo mismo que ahora. Pero todo no lo aprenderá nunca. El sexo es una ciencia inmensa. La ciencia, que trae la felicidad. Para aprenderla será insuficiente toda una vida, incluso si se comienza a una edad muy temprana y no se abandona la enseñanza hasta la avanzada vejez. Esta asignatura debe estar presente en los programas escolares. ¿Por qué ahí se enseña álgebra, que nunca nadie de nosotros la ha necesitado, y no el sexo, que siempre es necesario para todos y para todo? ¿Alguna vez Usted necesitó un binomio de Newton?

ESPOSA. Nunca.

PROFESOR. Mas el sexo está con nosotros siempre y en todas partes. Nos acompaña durante toda la vida. s proporciona calor en invierno y nos refresca en caluroso verano. Nos tranquiliza y al mismo tiempo no nos deja estar en calma. Es un elixir mágico que nos da una sensación de juventud y felicidad. Es por eso que lo tratamos con tanta ternura.

ESPOSA. Ahora me repugna.

PROFESOR. No me engañe a mí ni si misma. No le repugna el sexo, sino su pareja. Cambie de pareja. Tres veces al día. Empiece hoy. Le enseñaré todo. Ahora mismo. Usted es una mujer hermosa, Usted tienes que ser feliz. Mis visitas son caras, pero a Usted le estoy dispuesto a enseñar gratis.

ESPOSA. Yo creía que en estos casos pagan los maestros y no las discípulas. Y yo no he solicitado su visita.

PROFESOR. Ha solicitado o no, que más da. Aprenda, tenemos poco tiempo. Un, dos, tres, ¡empezamos!

Pausa.

ESPOSA. Pero ¿por dónde empezamos?

PROFESOR. Ya ve, Usted ni siquiera sabe por dónde empezar. Un, dos, tres, ¡empecemos!

Pausa.

¡Un, dos, tres!

ESPOSA. Déjelo. Pues, si Usted me enseñara...

PROFESOR. ¿Qué cosa?

ESPOSA. Vivir de otra manera. No así como lo hago ahora. Vivir mejor. Con más sentido.

PROFESOR. ¿Vivir de otra manera? Es muy fácil. Para ello hay que vivir con otro. Aunque mi reflexión le parezca un vulgar sainete, pero así mismo es. Ya es imposible que Usted cambie, entonces mientras depende de Usted seguirá viviendo del mismo modo como ha vivido hasta ahora. Pero la vida con otro le forzará vivir de una manera diferente.

ESPOSA. ¿Peor o mejor?

PROFESOR. Con toda certeza peor. Pero diferente. Después de todo, ¿no es lo que quiere?

ESPOSA. Yo misma ya no sé lo que quiero. Yo sólo sé lo que no quiero. Vivir aquí. Vivir así. Llevar esa vida mísera, aburrida, solitaria. La gente está dividida y enloquecida. Su pasatiempo favorito es torturar a los demás. Quiero huir de aquí. ¿No le parece que toda la gente se ha vuelto loca?

PROFESOR. No sólo me parece, sino así mismo es. Así que no hay donde huir.

ESPOSA. Y pasarán los años y todos se parecerán cual si fueran hermanos, cada uno de los siguientes será más y más horripilante y al llegar el final me preguntaré a mi misma: ¿Para qué he vivido? ¿Habré vivido en general?

PROFESOR. Querida, la vida no tiene ni puede tener otro fin que el de darle continuación a la vida misma. En otras palabras, el propósito de la vida es el sexo. El sexo es la reafirmación, la continuación y el triunfo de la vida. Nosotros somos hormigas, y la naturaleza no se preocupa por una sola hormiga. Su misión es conservar el hormiguero.

ESPOSA. Desprecio el hormiguero humano.

PROFESOR. ¿El hormiguero? Se trata de un elogio inmerecido a nuestra sociedad. Las hormigas trabajan juntas, y nosotros somos una sociedad de competidores, donde cada uno es un lobo para otro.

ESPOSA. Me he enredado en mis problemas.

PROFESOR. No lo complique. Todos los problemas vienen del sexo. Si el sexo es feliz, la vida será feliz, al mal sexo una vida fallida. Eso es todo. ¿Usted tiene sexo feliz?

ESPOSA. No.

PROFESOR. ¿Y la vida?

ESPOSA. Tampoco.

PROFESOR. Lo que había que demostrar.

ESPOSA. Exactamente por eso quiero escapar. Escapar de esta vida.

PROFESOR. ¿Escapar? Para ser honesto, yo también lo quiero. ¿Usted con quien se escapa?

ESPOSA. Sola Pero mejor sería en compañía de alguien.

PROFESOR. Escapar en pareja por supuesto es mejor.

ESPOSA. ¿Por qué no nos escapamos juntos?

PROFESOR. Yo me pregunto lo mismo.

ESPOSA. ¿Y qué respuesta le da usted a si mismo?

PROFESOR. Tenemos que huir. Se lo sugerí a Usted al entrar.

ESPOSA. Al entrar usted propuso tener sexo.

PROFESOR. El sexo es un escape de la vida.

ESPOSA. Y pensé que era la vida misma.

PROFESOR. No vamos a discutir, tenemos poco tiempo.

ESPOSA. ¿Así que me lleva consigo?

PROFESOR. Estoy dispuesto secuestrarla, aprehenderla, raptarla, sacarla en brazos.

ESPOSA. ¿A dónde?

PROFESOR. A ninguna parte.

ESPOSA. Ese es el problema.

PROFESOR. Sin embargo tenemos que escapar.

ESPOSA. ¿A dónde?

PROFESOR. No importa. Lo que importa es no parar. No parar a pensar. No mirar atrás. ¡Deme la mano!

ESPOSA. ¿Ahora mismo?

PROFESOR. Si no, vendrán. Y será demasiado tarde.

ESPOSA. Entonces espere un momento, cogeré algo para el viaje.

La ESPOSA sale. Pausa. Entra la SEÑORITA.

SEÑORITA. Tengamos sexo.

PROFESOR. ¿Es Usted quien me ha llamado?

SEÑORITA. ¿Yo? ¿Para qué?

PROFESOR. Supongo que para tener sexo.

SEÑORITA. No, yo no fui. Pero estoy dispuesta.

PROFESOR. Entonces, ¿quién me llamó?

SEÑORITA. Si es con el fin de tener sexo, considere que le he llamado yo. Fue una llamada urgente. Empecemos de inmediato.

PROFESOR. Esto es exactamente lo que yo quería ofrecerle. ¿Quién es usted?

SEÑORITA. Yo trabajo con el marido.

PROFESOR. Mucho gusto.

SEÑORITA. Si es de mucho gusto o no, espero que lo sepamos muy pronto.
(*Empieza a desabotonarse.*)

PROFESOR. ¿Por qué no tiene sexo con el marido?

SEÑORITA. ¿Con el de quién?

PROFESOR. Para variar, con el suyo de Usted.

SEÑORITA. Yo no tengo marido.

PROFESOR. Pero si Usted es su colaboradora.

SEÑORITA. Soy colaboradora de un marido que no es mío...

PROFESOR. Esto cambia radicalmente las cosas. Si él no es su marido, Usted sencillamente tiene la obligación de tener sexo con él, sin límites. Máxime si están trabajando juntos. Es muy cómodo y ahorra tiempo.

SEÑORITA. Por desgracia, él está terriblemente ocupado.

PROFESOR. ¿En el trabajo? ¿Ocupado? ¿Con qué? ¡No puede ser! ¿Con que se puede estar ocupado en el trabajo?

SEÑORITA. Con el sexo, por supuesto.

PROFESOR. Es otra cosa.

SEÑORITA. Yo llevo su agenda y el registro de actividades profesionales: la hora de inicio de sexo, el final, con quién, cuándo, cómo, recomendado por quién, de quién es siguiente turno. Tengo mucho trabajo.

PROFESOR. Si él está tan ocupado, tenga sexo con otra persona.

SEÑORITA. Es lo que le estoy ofreciendo a Usted.

PROFESOR. Será un placer.

SEÑORITA. Me gustaría comprobarlo.

PROFESOR. Está Usted de suerte. Se ha cruzado Usted con la persona indicada.

SEÑORITA. Demuéstrelo.

PROFESOR. Mi reputación no necesita demostraciones. Ya sólo mi nombre habla por sí mismo.

SEÑORITA. ¿Quién es Usted?

PROFESOR. Soy profesor de renombre mundial de psiquiatría, psicología y sociología. Consultor del sexo. Quito complejos, inspiro confianza en sí mismo, libero de tensión. Elimino la frigidez y liquido la impotencia. Satisfago a los insatisfechos. Enseño, aconsejo, ayudo a solucionar problemas. Trato todas las enfermedades.

SEÑORITA. A me también me gustaría hacerme una consultora de esta índole.

PROFESOR: Le enseñaré. Recuerda el lema "Estudiar, estudiar y estudiar"?

SEÑORITA. "Para dominar todo el conocimiento acumulado por la humanidad".

PROFESOR. Absolutamente cierto. Ése es mi lema.

SEÑORITA. Y yo no lo sabía.

PROFESOR. Usted no sabe aún muchas cosas.

SEÑORITA. Entonces estudiemos. Soy muy curiosa. Empecemos ahora mismo.

PROFESOR. Por favor. Empecemos por el control de su sexualidad.

La SEÑORITA comienza a desnudarse.

No, no, no, ino se quite la ropa! Por ahora esto no es necesario.

SEÑORITA. (Con decepción.) ¿No es necesario? Y ¿cómo me va a explorar?

PROFESOR. Tengo un sistema especial de tests. Siéntese frente a mi y concéntrese.

Se sientan uno frente al otro.

¿Usted ya esta lista?

SEÑORITA. Sí. PROFESOR. (Saca el bolígrafo.) Dígame, ¿qué le evoca este bolígrafo?

SEÑORITA. El sexo.

PROFESOR. Muy interesante. Bueno, y ¿qué le recuerda esta silla?

SEÑORITA. El sexo.

PROFESOR. ¿Cómo? ¿También el sexo? Pero ¿por qué?

SEÑORITA. Todo me recuerda el sexo.

PROFESOR. Explíqueme sin embargo, ¿qué relación existe entre la silla y el sexo?

SEÑORITA. La más directa. ¡Si Usted supiera profesor, la de fantasías que yo tengo relacionadas con el tema de la silla! Lamentablemente, sólo son fantasías, y no recuerdos.

PROFESOR. Le pongo un sobresaliente. Cien puntos. Usted tiene una imaginación riquísima.

SEÑORITA. Tengo una imaginación normal. Las velas de una nave que se agitan, llenas de deseo de abrirse y entregarse al viento, y un rayo de sol que penetra la húmeda profundidad del mar y las nubes que se agrupan y luego divergen, y el tren, que entra confiado en el túnel y la chimenea de una central eléctrica, el tronco del chopo, el cirio, todo esto para mí es la manifestación de lo mismo. La zanahoria es un hombre, la col es una mujer. El banano es también un hombre, ¡y qué clase de hombre!, las patatas, las remolachas, las manzanas, las legumbres son todas mujeres.

PROFESOR. Usted tiene una capacidad asombrosa. Yo tendría que aprender de Usted, y no Usted de mí.

SEÑORITA. Y  hermana dice que estoy loca.

PROFESOR. Olvídese de su hermana. Confíe en mí. Usted es normal. Ella no.

SEÑORITA. Yo vivo en un mundo de símbolos: la cuchara y el plato ...

PROFESOR. *(La sigue.)* ...El cilindro y la válvula...

SEÑORITA. El dedo y la sortija...

PROFESOR. ...El brazo y la manga...

SEÑORITA. ...El grano y la tierra...

PROFESOR. ...El puñal y la vaina...

SEÑORITA. El candado y la llave...

PROFESOR. ...Todo son símbolos de la unión eterna de un hombre y una mujer. El uno sin el otro carecen de sentido y son imposibles.

SEÑORITA. ¡Siga! ¡Siga hablando! ¡Todo esto me preocupa tanto!

PROFESOR. Dígame, ¿qué sabe Usted de sexo? Perdón, he formulado la pregunta de manera equivocada. Dígame, ¿qué aún no sabe Usted de sexo?

SEÑORITA. Tengo que confesar que yo no sé en absoluto que es el sexo. Yo nunca lo he tenido. Por eso me resulta tan interesante.

PROFESOR. Entonces empezaremos a practicarlo, vamos a estar practicando largamente, desde la mañana hasta la noche y de la noche a la mañana, y usted aprenderá todo, todo, todo. Empecemos ahora mismo.

SEÑORITA. Me temo que ahora no resultará.

PROFESOR. ¿Por qué?

SEÑORITA. Aquí no se puede.

PROFESOR. Yo lo sé. Pero ¿por qué no intentarlo?

SEÑORITA. (*Mirando hacia atrás, en voz baja.*) ¿Usted no revelará mi secreto?

PROFESOR. No lo revelaré. Pero es mejor no me lo cuente.

SEÑORITA. Si, se lo cuento. Yo quiero huir.

PROFESOR. ¿Usted también? ¿A dónde?

SEÑORITA. Donde todo es diferente. ¿Y por qué también? ¿Usted también quiere escapar?

PROFESOR. ¿Y quién no lo quiere?

SEÑORITA. Entonces salgamos corriendo juntos, mientras se puede.

PROFESOR. Querida, ¿a dónde me voy? Yo ya no corro sino arrastro los pies, ya no respiro, sino me sofoco. Un par de pasos más y mi recorrido sobre este tierra habrá concluido.

SEÑORITA. Oh, ¡no hable de esas cosas tan tétricas! Siga mi ejemplo, y piense sólo en sexo. Piense en él todo el tiempo para no pensar en nada más. ¿Me ha entendido? Le prohíbo que piense en cualquier otra cosa. Escaparemos de aquí, y Usted vivirá mil años más. ¿Huyamos?

PROFESOR. *(Tendiéndole la mano.)* Con Usted hacia el fin del mundo.

SEÑORITA. Salgamos de aquí ahora mismo, en este preciso instante, sin pasar por ningún lado, sin detenernos, sin mirar atrás, sin parar, de lo contrario será demasiado tarde. *(Atrae al PROFESOR hacia la salida, pero de repente él se detiene.)*

PROFESOR. ¡Espere! Me acordé de que yo no puedo.

SEÑORITA. ¿Por qué? ¿Tiene miedo?

PROFESOR. Tengo miedo. Pero no es por eso.

SEÑORITA. ¿Entonces por qué?

PROFESOR. Hace poco le he prometido a una dama huir junto a ella.

SEÑORITA. ¿Y qué?

PROFESOR. Debería por lo menos explicarle...

SEÑORITA. ¿Por qué cree que Usted debe explicarle algo? ¿Acaso es Usted el primero quien huye de una mujer?

PROFESOR. No, pero...

SEÑORITA. ¿Quizás Usted tuvo una aventura con ella?

PROFESOR. Bueno, no exactamente una aventura...

SEÑORITA. Lo tuvo o no, no importa. El sexo no es una condicionante para pedir explicaciones o para seguir una relación.

PROFESOR. Pero después de conocernos...

SEÑORITA. (*Interrumpiendo*). ¿Y qué más da? El sexo no es un pretexto para conocerse. Pero si es Usted tan puntoso, déjele una nota. Saque su maravillosa estilográfica. Escriba: (*Dicta.*) "Cariño, no te preocupes, me escapé con otra. No volveré pronto."

PROFESOR. (*Saca la estilográfica y comienza escribir, pero cambia de idea.*) Mejor se lo digo en persona. Y le propondré huir los tres.

SEÑORITA. ¿Lo aceptará?

PROFESOR. ¿Por qué no?

SEÑORITA. Siendo tres, no es tan interesante.

PROFESOR. Al contrario, à trois, puede resultar aún más interesante.

SEÑORITA. Bueno, entonces vaya, yo esperaré aquí. Eso sí, ino me deje por mucho tiempo sola! Odio la soledad. Me enferma.

PROFESOR. Llevo mucho tiempo enfermo de soledad.

El PROFESOR sale. Entra El MARIDO.

MARIDO. Tengamos sexo.

SEÑORITA. Tengamos.

MARIDO. Estoy hablando en serio.

SEÑORITA. De inmediato me di cuenta de que no se trata de una broma. (*Empieza a desabrocharse el vestido.*) ¿Y bien?

MARIDO. ¿Ahora?

SEÑORITA. ¡No será mañana, pues!

MARIDO. ¿Aquí mismo?

SEÑORITA. ¿Y dónde más?

MARIDO. ¿Quién empieza?

SEÑORITA. ¿Acaso esto no se hace juntos?

MARIDO. Se hace juntos, pero alguien tiene que tomar la iniciativa.

SEÑORITA. Usted ya la ha tomado. Usted propuso y yo lo he aceptado. Ahora es su turno de nuevo.

MARIDO. ¿Qué tengo que hacer?

SEÑORITA. En mi opinión, lo que usted ha sugerido.

MARIDO. Esto estaría bien. Pero yo no sé cómo empezar.

SEÑORITA. Es lo más difícil.

MARIDO. ¿Qué me aconsejaría?

SEÑORITA. Si le digo la verdad, no tengo experiencia.

MARIDO. ¿Usted no ha tenido relaciones con los hombres?

SEÑORITA. ¡Nunca! Sin embargo, los hombres a veces han tenido relaciones conmigo.

MARIDO. Y ¿cómo empezaban?

SEÑORITA. De diferentes maneras.

MARIDO. En mi opinión, para empezar habría que charlar un poco.

SEÑORITA. ¿Para qué?

MARIDO. No sé. Así se acostumbra.

SEÑORITA. ¿Sobre qué?

MARIDO. Tampoco sé. De libros, de cine, de pintura.

SEÑORITA. ¿Y cuánto tiempo se habla?

MARIDO. No lo sé. Depende de las circunstancias.

SEÑORITA. ¿Y no se puede charlar después?

MARIDO. Se puede, pero ya no se tiene gana. Es costumbre hacerlo antes.

SEÑORITA. Entonces, si es costumbre, hable. Pero lo más corto posible.

Pausa.

MARIDO. En otras circunstancias, le hubiera sugerido que fuéramos a un café.

SEÑORITA. Gracias. Hoy ya he tomado café. Creo que me estaba proponiendo algo diferente.

MARIDO. Aquel ofrecimiento sigue en pie.

SEÑORITA. Entonces, ¿cuál es el asunto?

MARIDO. Sabe, el sexo no tiene por qué empezar por el final, sino por el principio. Debe haber resistencia, tiene que haber lucha, tiene que haber victoria. Es lo que da satisfacción.

SEÑORITA. La resistencia, la hay. Por su parte.

MARIDO. No me estoy resistiendo.

SEÑORITA. ¿Y ataca? Entonces, me rindo. Usted vence toda resistencia. Así que hubo resistencia, hay victoria, y ahora es el turno de la satisfacción.

MARIDO. Pero de todos modos, primero hablemos.

SEÑORITA. ¿Pero ya no hemos hablado?

MARIDO. Ni tan siquiera hemos comenzado.

SEÑORITA. ¿Eso cree? Bueno, entonces, vamos a hablar.

Pausa.

MARIDO. ¿De qué vamos a hablar?

SEÑORITA. Hábleme de su lista de Don Juan. Probablemente es extraordinariamente extensa.

MARIDO. Así es, la historia no resultará corta...

SEÑORITA. Entonces, ¿cuántas mujeres ha tenido? Francamente. ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Cien?

MARIDO. Tal vez más... *(Después de una pausa.)* Aunque, en verdad, un poco menos.

SEÑORITA. Entonces, ¿cuántas? ¿Diez?

MARIDO. Un poco menos.

SEÑORITA. ¿Menos de diez? ¿Qué clase de lista es ésta? Después de todo, ¿cuántas? ¿Nueve? ¿Ocho?

MARIDO. *(Pensativo.)* ¿Incluyendo a mi esposa?

SEÑORITA. ¿En la lista de Don Juan? Categóricamente no. En la lista se incluye sólo a **otras** mujeres, y ¿su propia esposa es **otra** mujer?

MARIDO. Entonces... tengo que admitir... que yo... no tengo una lista de Don Juan. Mejor dicho, tengo la lista, pero no hay aún mujeres en el ella.

SEÑORITA. ¡Entonces empiécela!

MARIDO. ¿Aquí mismo?

SEÑORITA. Y en este mismo momento.

MARIDO. Usted sabe, así de pronto, no es interesante.

SEÑORITA. ¿Por qué de pronto? ¡Llevamos conversando unos cinco o diez minutos!

MARIDO. Es poco. Imagine que usted viaja a un país nuevo para usted. ¿Acaso su objetivo consiste sólo en alcanzar el punto final? ¿Acaso no querrá hacer el camino desde su inicio hasta el final pasando por todos los montes y los valles, los acantilados y los barrancos, los caminos y los senderos? O, acaso, cuando Usted empieza a leer un libro nuevo, ¿comienza por la última página? Sin intriga no hay argumento, y sin argumento no hay final. Y, en su opinión, ¿el objetivo de un escalador es la cumbre, y no completar la escalada? Es que sin la superación, sin la escalada no existe la cumbre, no hay culminación, no hay clímax.

SEÑORITA. Yo llegaré al clímax. Sin embargo, esto, por supuesto, en alguna medida depende de Usted. ¡Así que por fin tengamos sexo!

MARIDO. ¡Pero ya lo estamos practicando!

SEÑORITA. ¿Sí? Soy una chica poco experimentada, fácil de engañar, pero aún así creo que lo que estamos haciendo es otra cosa.

MARIDO. Sencillamente el sexo no es lo que Usted piensa, no son los quince minutos finales. No es el caer del telón al término del último acto, es un drama que hay que interpretar desde el principio hasta el final. Las palabras, los gestos, las miradas, las serenatas, las flores, los regalos, los ataques, la negación, las proposiciones y la evasión, todo esto forma parte de un gran juego que se llama sexo. Es un rito, son una cadena de rituales, tan antiguos como duelos de ciervos o la danza nupcial de las grullas. Es el sistema de vida, es la base de la cultura. Los trajes mas sofisticados se confeccionan solamente para quitárselos en el momento mas adecuado. Se establecen las reglas de etiqueta más refinadas, se escriben las novelas y se componen los poemas, suspiran los violines y cantan las flautas, se pintan los cuadros y se recrea la belleza de Venus, todo ello con el fin de transmitir las ansias del cuerpo y del alma.

SEÑORITA. Escuche...

MARIDO. No, ¡escuche Usted! ¡Que sistema de relaciones de géneros tan complejo ha inventado la humanidad! La ocultación de ciertas partes del cuerpo. La vestimenta diferente para diferentes géneros. Las diferentes normas de comportamiento. Los diferentes ideales del hombre. "El heroico hombre fuerte". "Una mujer débil y frágil." Después de todo, no es así como así, todo esto encierra un gran sentido, ¿no es cierto?

SEÑORITA. Dígame, ¿Usted es normal?

MARIDO. ¿Por qué?

SEÑORITA. Parece del siglo antepasado. Habla demasiado.

MARIDO. Y Usted simplifica demasiado la vida.

SEÑORITA. Y Usted la complica demasiado. El sexo es muy útil, muy simple y muy necesario. Por desgracia, la gente se acerca hacia este sencillo, gratificante y útil fenómeno por los caminos complicados, dando rodeos, gastando un montón de esfuerzo, dinero y tiempo. No podrían sencillamente acercarse, sonreír ampliamente, extender la mano y decir: "Tengamos sexo!" Como se suele decir: "Buenos días." O "¡A su salud!". ¿Y cómo se puede estar sano sin sexo?

MARIDO. Usted tiene razón.

SEÑORITA. Propongo utilizar esta frase como un saludo: "¡Tengamos sexo!"
¿Qué otras palabras demuestran mayor predisposición y voluntad de contacto?

MARIDO. Tiene razón. ¿Y cómo responder a este saludo?

SEÑORITA. Algo muy al uso. Por ejemplo, "Gracias, con mucho placer." O "Siempre a su servicio." O simplemente, "Tengamos."

MARIDO. ¿Y qué propone para la despedida?

SEÑORITA. No hay necesidad de cambiar nada. En las frases "¡Hasta la vista!", "¡Hasta pronto!", "¡Hasta más ver!" ya yace de trasfondo una connotación sexual, ya se otea en ellas la promesa de algo dulce, íntimo y muy esperado. ...Al menos yo lo percibo. (*Repite a sí misma, languidamente.*) "¡Hasta pronto!"...

MARIDO. Adiós. (*Se dirige hacia la salida.*)

SEÑORITA. ¿A dónde va?

MARIDO. Usted dijo "¡Hasta pronto!".

SEÑORITA. (*Reteniéndolo.*) Yo sólo me lo dije a mi misma. De verdad, Usted no es normal.

MARIDO. Soy del todo normal. Tal vez un poco pasado de moda.

SEÑORITA. Esto es no ser normal. Nuestro siglo es un siglo de acción.
¡Adelante, adelante, adelante! Si no, ¡te tomarán la delantera!

MARIDO. (*Intranquilo.*) ¿Quién y en qué me puede tomar la delantera?

SEÑORITA. ¡Cualquiera! Usted habla, y habla, y habla. Y alguien entra y -
izas!- se me lleva a mí de sus propias narices.

MARIDO. (*Asustado.*) ¿Y Usted se irá?

SEÑORITA. Si me llevan, me iré. Soy una chica joven, inexperta, no sabría resistirme.

MARIDO. ¡Le ruego que no se vaya!

SEÑORITA. Está bien. Usted ha dicho que debería haber un juego. Juguemos entonces que nos encontramos no por primera sino por segunda vez.

MARIDO. ¿Y entonces qué?

SEÑORITA. Y en el segundo encuentro no es preciso hablar. La parte ceremonial ha terminado, se puede pasar directamente al concierto.

MARIDO. No, yo no puedo directamente. Ya que el sexo es un arte, es la creatividad...

SEÑORITA. ¡Entonces seamos creativos!

MARIDO. Pero primero cuénteme aunque un par de palabras sobre Usted. ¿Cómo se llama?, ¿cuáles son sus intereses?..

SEÑORITA. Y no tengo ningún interés. Soy una chica joven, inexperta, pura, entusiasta, romántica, interesada únicamente en el sexo.

MARIDO. ¿Y nada más?

SEÑORITA. ¿Y para qué va a hacer falta algo más? Tal vez hasta las matemáticas.

MARIDO. ¿Las matemáticas?

SEÑORITA. Una vez calculé que en cada momento dado en el mundo están teniendo sexo al menos cuatro millones de personas. ¡Sólo imagínese! Nosotros aquí estamos hablando, perdiendo el tiempo, y en este mismo instante en el globo terráqueo dos millones de parejas están haciendo lo que nosotros ahora mismo no lo estamos haciendo. ¡Si estas parejas se colocan en una fila a intervalos de dos metros, es decir, el ancho de una cama matrimonial, resultaría una cadena humana de cuatro mil kilómetros de largo! ¿Se imagina? ¡Es un proceso cósmico! ¡Una mega factoría! ¡De imaginármelo se me corta la respiración!

MARIDO. A mi también.

SEÑORITA. ¡Entonces unámonos a ellos!

MARIDO. ¿Aquí mismo?

SEÑORITA. Y ahora. ¡Y rápido, rápido, rápido! ¡No tenemos tiempo, Usted lo sabe!

El MARIDO se acerca tímidamente a la SEÑORITA, pero de pronto se estremece y escucha asustado .

MARIDO. ¡Silencio!

SEÑORITA. *(Asustada.)* ¿Qué pasa?

MARIDO. ¡Viene alguien!

Ambos, tensos, escuchan atentamente.

SEÑORITA. ¡Yo sabía, sabía, sabía que esto iba a pasar!

MARIDO. ¡Silencio!

Ambos escuchan. Silencio.

SEÑORITA. No hay nadie. Comencemos pronto. Si no será demasiado tarde, Usted ya sabe.

MARIDO. ¿Tal vez más tarde? ¿En algún otro lugar, no aquí?

SEÑORITA. ¿Tiene miedo?

MARIDO. ¿Y Usted? ¿Acaso no?

La SEÑORITA mira alrededor.

SEÑORITA. Honestamente, si que tengo miedo. Pero hay que decidirme en algún momento. Algún día tendríamos que demostrar que estamos en derecho de hacer lo que deseamos.

MARIDO. ¿Quizás lo dejamos para mañana?

SEÑORITA. ¿Y mañana, ya dejará de tener miedo?

MARIDO. No, no lo dejaré. Tengo miedo todo el tiempo. Tengo miedo de cometer algún error. Pronunciar una palabra equivocada. Tomar un autobús equivocado. Estrechar una mano equivocada. Tomar el partido equivocado. Apostar al caballo equivocado. Todos se meten en algo, y temo no poder seguir su ritmo. No tengo codos, ni uñas, ni dientes. Tengo miedo del mañana. Tengo miedo del próximo viernes. Espero con temor el próximo mes. Temo quedarme sin empleo. Temo enfermarme.

Tengo miedo de las mujeres. Tengo miedo a la vejez. Tengo miedo de morir. Y aún más tengo miedo de vivir.

SEÑORITA. Cálmese.

MARIDO. Y el maldito dinero. ¡El dinero, el dinero, el dinero! Todos hablan del dinero, piensan en el dinero y se preocupan sólo del dinero. Las esposas no les exigen a sus maridos amor, sino dinero. Sólo por eso se puede volver loco.

SEÑORITA. ¿No tiene miedo de vivir en un eterno miedo?

MARIDO. ¿Y qué le vas a hacer? Usted ve lo que está sucediendo a su alrededor. Todos los días es lo mismo, sin propósito y sin esperanza. No cambia nada, y si cambia, sólo para peor. Estamos atrapados en una red y nos sacudimos, como peces, abrimos las bocas en un grito mudo que nadie oye. Siempre tenemos prisa, pero permanecemos en el mismo lugar, dentro del mismo círculo, en mismo ambiente, hoy como ayer, mañana como hoy, pasado mañana, como siempre. Nos esforzamos para ir arriba, arriba, arriba. Subir la escalera que lleva abajo. Todo el tiempo nos falta tiempo. Queremos alcanzarlo todo, ganarlo todo, extendemos los brazos, nos agarramos, trepamos, y allí está, cerca, un paso más, un esfuerzo más, toma, agarra, pero no hay nada que agarrar, la felicidad es imposible agarrarla, y la vida se va, los años no se los puede retornar. ¿Y para qué es todo eso? ¿Para qué? Y tengo ganas de huir de esta vida, correr con todas mis fuerzas. Pero no alcanzan para mucho, comienzas a ahogarte, paras, miras hacia atrás, piensas, te da miedo, y luego vuelves a correr. Así que huyamos. ¡No tenemos tiempo!

SEÑORITA. Usted piensa demasiado. Y no se debe pensar. No existe el "mañana". Sólo existe el "hoy". No hay que pensar, ¿comprende?

MARIDO. ¿Usted piensa que no hay que pensar?

SEÑORITA. ¿Sabe qué? ¡Huyamos de verdad!

MARIDO. ¿Usted piensa así?

SEÑORITA. Se lo he dicho ya , no hay que pensar. Huyamos, y punto.

MARIDO. ¿A dónde?

SEÑORITA. Lo más importante no es a dónde, sino de dónde. De aquí. De este odioso "aquí". Donde no se permite nada, donde todo está prohibido, donde todo está sujeto a las normas y reglamentos. Nos iremos a un mundo maravilloso donde todos son libres, donde no hay prohibiciones, donde sobre tu cabeza no está el techo sino un alto cielo azul lleno de nubes vivaces, donde la gente se ríe, es feliz, canta, baila, se divierte, no se enferma nunca, y nadie les enseña a vivir, y no alecciona de qué y cómo hay que hacer.

MARIDO. ¿Existe un mundo así?

SEÑORITA. ¡Sí, existe! Es un mundo donde nadie tiene miedo de nada, donde todos se levantan y se acuestan cuando quieren y con quien quieren, donde hay mucho sol y sexo, donde nadie manda, y donde todos son felices.

MARIDO. ¿Y dónde vamos a vivir sin dinero?

SEÑORITA. ¡En cualquier lugar! En un banco. Bajo un arbusto. En un prado verde y suave. En una barca. Sí, ¡en una barca! Estaremos echados en ella, abrazados, y ella, meciéndose suavemente, nos llevará hacia nuevos y nuevos confines. En cada embarcadero nos recibirá una banda de música, sonarán las fanfarrias y nos lanzarán flores, y nosotros seguiremos y seguiremos navegando, teniendo sexo, hasta que lleguemos tan lejos que nadie será capaz de encontrarnos.

MARIDO. ...Nadie será capaz de encontrarnos. Estoy de acuerdo. Huyamos.

SEÑORITA. ¿Cuándo?

MARIDO. De inmediato.

SEÑORITA. Perfecto. Voy a buscar un vaso de agua, me tomaré un tranquilizante, y nos haremos al camino.

MARIDO. Pero regrese pronto, si no, empezaré a pensar de nuevo.

SEÑORITA. ¿Y qué?

MARIDO. Y cambiaré de opinión.

SEÑORITA. Yo le prohíbo pensar. ¿Está claro? Siga mi ejemplo.

MARIDO. Lo intentaré.

SEÑORITA. Quédese aquí sentado, no se mueva, no haga nada y no piense en nada. Estaré de vuelta en un instante, y empezará para nosotros una nueva vida!

La SEÑORITA sale. El MARIDO la espera impacientemente. Es conveniente hacer el intermedio. El MARIDO puede esperar a la SEÑORITA a lo largo del intermedio sin abandonar el **escenar** 

SEGUNDA PARTE

La representación de la primera y segunda partes puede continuar sin intermedio.

SEÑORITA. Perfecto. Voy a buscar un vaso de agua, me tomaré un tranquilizante, y nos haremos al camino.

MARIDO. Pero regrese pronto, si no, empezaré a pensar de nuevo.

SEÑORITA. ¿Y qué?

MARIDO. Y cambiaré de opinión.

SEÑORITA. Yo le prohíbo pensar. ¿Está claro? Siga mi ejemplo.

MARIDO. Lo intentaré.

SEÑORITA. Quédese aquí sentado, no se mueva, no haga nada y no piense en nada. Estaré de vuelta en un instante, y empezará para nosotros una nueva vida!

La SEÑORITA sale. El MARIDO la espera impacientemente. Entra el PROFESOR.

PROFESOR. Tengamos sexo.

MARIDO. Gracias, con placer.

Pausa.

PROFESOR. ¿Y entonces?

MARIDO. ¿Qué?

PROFESOR. Estoy esperando que es lo que sigue después de su "gracias."

MARIDO. Pensé que era un saludo.

PROFESOR. No, era una oferta de negocios. ¿Y qué?

MARIDO. Estoy de acuerdo.

PROFESOR. Entonces empezaremos inmediatamente.

MARIDO. (*Mirando alrededor.*) Yo no veo mujeres aquí.

PROFESOR. Lo podemos hacer perfectamente sin ellas.

MARIDO. ¿Sin las mujeres?

PROFESOR. Por supuesto. Está Usted, estoy yo, somos dos. ¿Qué más necesitamos?

MARIDO. Disculpe, pero ¿quién es Usted?

PROFESOR. Soy profesor de psiquiatría, psicología y sociología. Sexólogo y sexopatólogo. Curo, consulto, trato. Quito complejos, inspiro confianza en sí mismo, libero de tensión. Curo la frigidez, elimino la impotencia. Satisfago a los insatisfechos. Es un trabajo duro. Recibo una ingente cantidad de llamadas. Me canso.

MARIDO. Yo no entiendo muy bien qué es exactamente lo que usted me está proponiendo.

PROFESOR. Tener sexo. ¿Qué podría ser más exacto?

MARIDO. Profesor, con el debido respeto a Usted, con el debido respeto a su doctitud, su erudición y su edad, a su pelo en canas y su conocimiento infinito: Usted no puede sustituir a una mujer.

PROFESOR. Dígame, ¿es Usted una persona inteligente?

MARIDO. Espero que sí.

PROFESOR. Muy bien. Dígame, ¿qué es más importante para usted en su pareja: el alma o el cuerpo?

MARIDO. Por supuesto, el alma.

PROFESOR. Entonces, ¿cuál es la diferencia qué clase de cuerpo tendrá esta alma, de hombre o de mujer?

MARIDO. Para mí, muy grande.

PROFESOR. Imagínese un alma sutil, sublime, talentosa, inteligente, sensible, en pocas palabras, afín a Usted...

MARIDO. Llevo mucho tiempo buscándola. Pero este alma debe estar en un cuerpo bonito, no demasiado delgado y no excesivamente grueso. Y para mí es importante que esta alma tenga senos normales de una mujer, unas piernas bien formadas y unos ojos azules.

PROFESOR. ¿Entonces Usted está en contra del amor entre personas del mismo sexo?

MARIDO. Absolutamente. Sin embargo, a las lesbianas aún las puedo entender. Un cuerpo joven femenino de color rosa, suave, delicado, fresco, firme, apetitoso no puede no atraer. Pero cualquier atracción hacia los hombres es antinatural.

PROFESOR. Sin embargo, a algunas mujeres los hombres les resultan atractivos.

MARIDO. Es una perversión. Las mujeres siempre tienen sus rarezas.

PROFESOR. Bueno, bueno. Le conseguiré una mujer. Por cierto, acabo de conversar aquí con dos féminas.

MARIDO. Yo también.

PROFESOR. Hay muchas razones para creer que ellas no estarían en contra.

MARIDO. Ellas estarán en pro.

PROFESOR. Entonces, el asunto está resuelto. A cuál prefiere: ¿a la rubia en carnes o a la morena flaca?

MARIDO. Usted me puso ante una difícil elección. ¿Cómo ha dicho, "la rubia flaca o la morena en carnes"?

PROFESOR. Al revés, a la rubia en carnes o a la morena flaca.

MARIDO. Yo hubiera preferido una solución de compromiso.

PROFESOR. ¿A ver?

MARIDO. A una esbelta trigueña.

PROFESOR. Pensé que Usted escogería a ambas.

MARIDO. Es una buena idea. ¿Dónde están las mujeres?

PROFESOR. No sé. Volvamos a nuestro tema. Le propongo no la burda fisiología, sino un proceso pedagógico. En pocas palabras, doy clases. Trato, consulto, enseño.

MARIDO. ¿Enseña qué?

PROFESOR. ¿Cómo qué? El sexo, si lo prefiere, es una variante de comunicación empresarial. Y como en toda comunicación, hay que saber estar atento, considerado, tener talento, y sobre todo, ser convincente. ¿Es Usted convincente en el sexo?

MARIDO. ¿Cómo le diría...?

PROFESOR. No tenga pena en reconocer su insolvencia. Semejante pudicia es un prejuicio. Nuestra sociedad, por desgracia, aún no se ha liberado del sistema primitivo de valores . ¿Por qué no es vergonzoso ser un tonto, un alcohólico, un depravado, un codicioso, en cambio es vergonzoso ser impotente? Si no puedes levantar una pesa de una arroba, si eres manco o tuerto, si eres miope, tísico, obeso o esmirriado en exeso, si eres vasto y grosero, no es vergonzoso. Si no eres capaz dar de comer a la familia, es perdonable. Pero -¡ay de ti!- si estás incapacitado en sierto aspecto. Tienes que esconderlo de todo el mundo. (*Suspira*) Aunque, si miramos a fondo, ¿a quién le importa eso, salvo a tu novia?

MARIDO. Yo lo tengo todo en orden. Presumiblemente. Pero quiero tener éxito. Hay que ganar dinero. Yo trabajo mucho, practico mucho. Pienso mucho. No me queda tiempo. Y, francamente, fuerzas tampoco.

PROFESOR. En ello está su error. Usted practica mucho, pero no lo que debería. Sólo el sexo nos hace iguales, sólo él nos libera del sentimiento de inferioridad en comparación con la narizalzada y pechisacada élite. Si estás seguro en ti mismo como hombre, lo estarás en todo lo demás.

MARIDO. ¿Usted lo cree?

PROFESOR. No lo creo, lo sé. En todos los demás aspectos de la vida para cosechar éxito hacen falta unos colosales esfuerzos, hace falta un largo aprendizaje, hay que luchar, ir trepando, empujando a los demás, hay que aferrarse con los dientes, hay que servir y ganar méritos. Y sólo en el sexo se puede afirmarse, ser fuerte, importante, necesario, e incluso sentirse superior, sin estudiar nada, sin tener capacidad ninguna, sin tener nada de inteligencia y sin ningún talento. Y aún así, recibir los placeres de la vida. Ésta es la preeminencia del sexo ante todas las ocupaciones y las ciencias. Cualquiera que tenga éxito en el sexo no puede sentirse fracasado. Y al contrario, el inafortunado sexual no tiene suerte en nada. *(Con amargura.)* Créame, lo sé de sobra.

MARIDO. Hay algo de verdad en esto.

PROFESOR. Es verdad al cien por cien. Estoy dispuesto a practicar con usted durante veinte años, y entonces verá que... *(Se agarra del corazón, gime y cae en el sillón.)*

MARIDO. ¿Qué le sucede?

PROFESOR. El corazón...

MARIDO. ¿Lleva pastillas?

PROFESOR. *(Respirando con dificultad.)* Por lo general, en estos casos, viene la hermana y me inyecta.

MARIDO. ¿Entonces, si le parece, llamamos a la enfermera?

PROFESOR. *(Apresurado.)* ¡De ninguna manera! Ahora se me pasará... O, tal vez, no. *(Pausa.)* Estoy al final de la vida y no hay nada que recordar. Si pudiera empezar la vida de nuevo, no me gustaría volver a empezarla. En el jardín de infancia yo soñaba con ir pronto a la escuela. En la escuela soñaba terminarla tan pronto como fuese posible. En la universidad soñaba egresar a toda prisa. En el trabajo desde el primer día soñé con jubilarme. Cuando me casé, desde el primer día soñé con el divorcio. Teniendo sexo con una mujer, soñé con otra mujer y con otro sexo. Toda mi vida he soñado con una vida diverente. ¿Y ahora qué? ¿Empezar de nuevo y vivir la misma vida, soñando con algo diferente?

MARIDO. ¿Usted también sueña con una vida diferente y un sexo diferente?

PROFESOR. Con un sexo diferente ya no. Antes lo practicaba cada día. Después un día sí, otro no. Luego, una vez a la semana. Después una vez al mes. No lo puedo entender, diría que con cada año que pasa se tiene más habilidad y pericia, pero por alguna razón, menos deseo. En resumen, más teoría y menos práctica. ¿Y por qué? Y es un trabajo duro. Enorme cantidad de llamadas. Todos quieren tener sexo. Me canso.

MARIDO. ¿Usted también se cansa?

PROFESOR. Esta profesión no es para mi edad. Antes la aguja de mi reloj se alzaba asta las diez o incluso hasta las once, y ahora, en mejor caso y con dificultad, apenas se eleva hasta las ocho. Y hablando sin rodeos, se detuvo a las seis... Estoy tratando de recordar y no puedo. ¿Cuándo fue eso?

MARIDO. ¿Qué cosa?

PROFESOR. ¿Cuándo fue la última vez que tuve sexo?

MARIDO. ¿Y alguna vez lo ha practicado?

PROFESOR. Sí, y no pocas. En las conferencias y en las bibliotecas. En los seminarios y en las disertaciones. Pero incluso eso fue hace mucho tiempo.

MARIDO. No se desanime.

PROFESOR. Sí, mi estimado, en los últimos tiempos el mundo ha cambiado mucho para mí. Hay jugosos filetes, pero no hay dientes. Hay mujeres hermosas, pero no hay dinero. Hay un rico pasado, pero no hay futuro. Hay de todo y no hay nada. Pronto faltaré yo. *(De nuevo se agarra del pecho y gime.)*

MARIDO. ¿Tal vez debería llamar a la hermana?

PROFESOR. *(Asustado.)* ¡No, no! *(Pausa.)* Antes se creía que durante toda la vida nos acompaña el ángel custodio. Pero a la hora señalada, nos deja y su lugar ocupa el ángel de la muerte. ¿Cómo cree que es su aspecto?

MARIDO. No sé, no lo he pensado... El de una anciana de negro, con una guadaña... O de un esqueleto. ¿Y Usted lo sabe?

PROFESOR. A veces lo siento muy cerca, pero no lo veo. Tal vez aparece adoptando la forma de un soldado raso con metralleta, o de un cirujano escalpelo en mano, o de una enfermera con jeringa...

MARIDO. Sí, de una enfermera con jeringa...

PROFESOR. Lo importante es que ella siempre está cerca. En cualquier momento puede llamar a la puerta. Pasar la guadaña. Apretar el gatillo. Clavar la jeringa. (*Bajando la voz.*) ¿Podría miras si no está allí?

MARIDO. (*Asustado.*) ¿Quién? ¿La hermana con la jeringa?

PROFESOR. (*Susurrando.*) Creo que ella ya está aquí.

MARIDO. ¿Dónde?

PROFESOR. No lo sé. Siempre tengo la sensación que ella está aquí en alguna parte, a mis espaldas y me acecha.

MARIDO. (*Susurrando.*) Yo también.

PROFESOR. Compruebe entonces.

MARIDO. (*Revisa la habitación y registra las salidas.*) No hay nadie.

PROFESOR. Bueno, gracias a Dios. (*Suspira.*) Hay que apresurarse a vivir, mientras ella aún no ha posado su mano en el hombro. ¿Y qué estamos haciendo? ¿Cómo disponemos de las horas que nos quedan? ¿Alguna vez se ha preguntado a dónde irán todos nuestros días vividos? Porque ella, esta diablesa con jeringa, puede aparecer en cualquier momento.

MARIDO. Sí, de ella no hay escapatoria. Yo particularmente sólo pienso en ella.

PROFESOR. (*Se queda quieto, escucha su corazón.*) Parece que ya ha pasado... (*Se levanta del sillón, da unos pasos, se anima rápidamente.*) ¡Daremos alguna batalla más! ¡Discúlpeme este minuto de debilidad, este fugaz ataque de pesimismo! ¡El mundo está lleno de alegrías! ¡El *foie gras*, un vaso de vino tinto, el sol, las mujeres, las flores! ¡Querido mío, la vida es maravillosa! ¡Especialmente si se tiene sexo! Se me olvidó preguntarle, ¿quién es Usted y qué hace aquí?

MARIDO. ¿Quién soy yo? Yo soy...

PROFESOR. Aunque, es del todo irrelevante. Lo importante es que los dos somos jóvenes y sanos. ¡Hay que apresurarse a vivir! ¡Cantemos, bailemos! ¡Ponga la música!

Suena pasional tango.

¡Maravilloso! ¡Espléndido! ¡Muy bien! ¿Sabe qué? Tengo una idea...

SEÑORITA. *(Al entrar.)* Tengamos sexo.

PROFESOR. Eso es lo que quería proponer. Permíteme invitarla a bailar, y aclararemos los detalles.

El PROFESOR y la SEÑORITA bailan.

SEÑORITA. ¿Qué tipo de detalles le interesan?

PROFESOR. ¿Qué, dónde, cuándo?

SEÑORITA. El sexo, aquí, ahora.

PROFESOR. ¿Con quién?

SEÑORITA. Con Usted.

El MARIDO entra en el baile, arrancando a la SEÑORITA de los brazos de su partenaire.

MARIDO. ¿De qué han hablado?

SEÑORITA. Al profesor le interesan los detalles.

MARIDO. A mi también me interesan.

SEÑORITA. Estoy dispuesta a revelárselos. *(Da un paso atrevido.)*

MARIDO. Los detalles impresionan.

SEÑORITA. ¿Y la propuesta en general?

El PROFESOR intercepta a la SEÑORITA .Durante el siguiente diálogo ella pasará de un partenaire al otro.

PROFESOR. ¿A quién de nosotros va dirigida su propuesta?

SEÑORITA. A ambos.

PROFESOR. ¿Juntos o por turno?

SEÑORITA. ¿Usted me considera tan perversa?

PROFESOR. ¿Esto significa que por turno?

SEÑORITA. Significa que juntos.

MARIDO. ¿Está de broma?

SEÑORITA. En absoluto. Porque por turno, es engaño y traición. Juntos es honesto, interesante y placentero. ¿Usted considera que hay que hacerlo solo?

MARIDO. A dúo, sólo los dos.

SEÑORITA. El sexo no existe a dúo, sólo a *là trois*. Sólo la tercera parte, por lo general, está a un lado. En otro momento y en otro lugar. Por eso el matrimonio normal lo llaman el "triángulo".

MARIDO. ¿Usted considera normal un matrimonio así?

SEÑORITA. La vida es así.

PROFESOR. Las cadenas del matrimonio son tan pesadas que pueden ser llevadas sólo por tres personas.

Termina el baile.

MARIDO. Pero ¿por qué no entre dos dos?

SEÑORITA. Entre dos, tres, cuatro, ¿qué más da? Sólo no quiero estar sola. Sólo no quiero estar sola...

MARIDO. ¿Piense en esto: mientras aquí dos hombres estarán divirtiendo a una sola dama, alguna otra mujer se quedará sin pareja. Y, quién sabe, tal vez esta mujer no está lejos, sino cerca, tal vez incluso en la habitación de al lado. Ella ansía, se consume en deseos, ella sufre de soledad.

SEÑORITA. ¡Llámela aquí!

MARIDO. (*Desconcertado.*) ¿A quién?

SEÑORITA. ¡A esta mujer!

MARIDO. Lo dije en un sentido retórico. No me refería a nadie en particular.

SEÑORITA. No importa. Vaya y tráigala.

MARIDO. ¿A quién?

SEÑORITA. A la que se consume en deseos y sufre de soledad. Estaremos solos todos juntos. ¡Busque a la mujer!

El MARIDO y el PROFESOR se van. Entra la ESPOSA.

ESPOSA. Tengamos.

SEÑORITA. Tengamos.

Pausa.

ESPOSA. La única cuestión es con quién.

SEÑORITA. ¿Y qué? ¿Acaso no hay con quién?

ESPOSA. No.

SEÑORITA. ¿Entonces qué sugieres?

ESPOSA. Y yo pensé, que tú sabías.

SEÑORITA. Si lo supiera, no estaría sentada aquí sola.

ESPOSA. ¿Y tú se lo has ofrecido a alguien?

SEÑORITA. A todos.

ESPOSA. Y ¿qué?

SEÑORITA. Nada.

ESPOSA. ¿Tal vez tenían miedo de que es por el dinero?

SEÑORITA. No, yo les expliqué que estoy dispuesta hacerlo desinteresadamente.

ESPOSA. ¿Y qué?

SEÑORITA. Igual nada.

ESPOSA. ¿Y no les has ofrecido dinero?

SEÑORITA. No. Sólo a mi misma.

ESPOSA. Fue un error.

SEÑORITA. Yo lo sé.

ESPOSA. Tenías que haberlo ofrecido.

SEÑORITA. Lo sé. Pero no tengo. Esta es mi desgracia...

ESPOSA. Cuando se tiene dinero, no es necesario buscar hombres. Ellos te buscan a ti.

SEÑORITA. A mi no me buscan. Y estar sola es muy duro.

ESPOSA. Es verdad. Debemos tener un hogar, la familia, el estatus social. Interesantes pasatiempos. Viajar. Y para todo esto se necesita un hombre.

SEÑORITA. ¿Dónde encontrar a un hombre así?

ESPOSA. Uno tal simplemente no existe. Por lo tanto es mejor tener unos cuantos.

SEÑORITA. Yo lo sé. Pero no tengo dinero. Sólo tengo a mí misma.

ESPOSA. ¿Qué haces en el trabajo?

SEÑORITA. Trabajar, ¿qué otra cosa puedo hacer?

ESPOSA. Entendido. ¿Qué tú llamas trabajar? El sexo, ¿o qué?

SEÑORITA. No. Trabajar es cuando lo haces no porque te gusta, sino porque te pagan.

ESPOSA. El sexo también lo pagan de vez en cuando.

SEÑORITA. A mí no.

ESPOSA. Y a mí tampoco.

Pausa.

ESPOSA. ¿Estás casada?

SEÑORITA. No.

ESPOSA. Esto no está bien. Una mujer debe estar casada. Yo por ejemplo, quiero estar casada, pero de tal modo que no tenga marido.

SEÑORITA. Y yo, todo lo contrario: para mí no es imprescindible estar casada, pero sí, tener un marido.

Pausa.

Me pregunto ¿por qué las mujeres ahora ya no tienen tanta suerte? Cuanto más progresamos, menos felicidad.

ESPOSA. Creo que no resistimos la competencia con los ordenadores. No somos tan inteligentes, y contenemos mucha menos información.

SEÑORITA. Y excitamos menos que las imágenes en la pantalla.

ESPOSA. ¿Quizás las mujeres no se han creado para el sexo?

SEÑORITA. (*Indignada.*) ¿Cómo así "no para el sexo"? ¿Y para qué pues? ¿Para qué entonces llevamos las pulseras, los pendientes, las cadenas, los collares, los broches, los anillos? ¿Para qué usamos perfumes, cremas, polvos, rimel, pintalabios? ¿Para qué estos peines, limas, cepillos, pinzas, tijeras, alfileres, ganchos y horquillas? ¡Sólo para atraer, seducir, encantar! ¿Y encantar para qué? ¡Para lo mismo! Estamos hechas para el sexo, vivimos para él. ¡Por lo tanto, tenemos que dedicarnos por completo a lo que estamos destinadas, al cien por cien, sin perder un solo día, ni una hora, ni un minuto!

ESPOSA. Pero también existirán excepciones...

SEÑORITA. No existen. Incluso la solterona más seca, adusta, fría y remilgada es el sexo andante.

ESPOSA. Tienes razón. *(Pausa)* ¿Tal vez no soy lo suficientemente atractiva?

SEÑORITA. *(Se ponte las gafas y mira a la ESPOSA.)* No, aún lo eres bastante.

ESPOSA. ¿Te gusto?

SEÑORITA. Sí.

ESPOSA. ¿Tal vez nos las arreglaremos sin los hombres? Ya que no hay donde conseguirlos...

SEÑORITA. No, esta opción no la acepto. Hasta cierto punto puedo entender a los gays. Un cuerpo masculino fuerte, musculoso no puede no atraer. Pero un cuerpo femenino... No. *(Se quita las gafas.)*

ESPOSA. ¿Usas gafas?

SEÑORITA. Me las pongo sólo durante el sexo. Diciendo la verdad, no tuve ocasión de ponerme las gafas. Yo sueño con ponerme las gafas, cerrar los ojos y disfrutar.

ESPOSA. Estás loca.

SEÑORITA. No lo estoy, simplemente soy apasionada y romántica. Yo siempre estoy investigando. Ni un día sin leer una línea. Ni una hora sin aventuras. E igual me aburro. Estoy cansada de buscar. Quiero algo permanente y estable. Sexo estable. Cada día. Cada hora. Sexo temprano por la mañana. Sexo al final de la mañana. Sexo en el trabajo. Sexo por la noche delante del televisor. Sexo antes. Sexo después.

ESPOSA. ¿Después de qué?

SEÑORITA. Después de todo. Antes de todo. En lugar de todo. Siempre. En todos lados. Con todos. *(Suspira)* Si yo no supiera que estoy loca, pensaría que me lo estoy volviendo.

ESPOSA. ¿Te gusta amar?

SEÑORITA. ¡Mucho! ¡Si pudiera, amaría a todos los hombres en el mundo! ¡Me encanta el amor!

ESPOSA. ¿Tanto te gusta el sexo?

SEÑORITA. ¿Cómo no amarlo? Después de todo, el sexo es lo contrario de la soledad. El sexo significa unión de dos. Por lo menos. Y esto ya es la salvación. Es la cúspide, la culminación y la personificación de la intimidad. Y también me encanta el sexo, porque ayuda a satisfacer nuestra mayor necesidad, la de conversar. Conversar hasta hartarnos, como debe ser, a calzón quitado. Por eso las llaman relaciones íntimas. Una ocasión única de contar todo acerca de una misma, todo. Escuchar también, pero lo más importante, contar. De cómo lo pasas con él. De como lo pasas con otros. Como lo pasa él con otras. Y como estos otros lo pasan con otros otros.

ESPOSA. Pero nosotros durante "esto" no hablamos.

SEÑORITA. ¿Y después?

ESPOSA. ¿Después? ¿De qué se puede hablar después?

Entra el PROFESOR.

PROFESOR. Chicas, no se debe hablar ni antes, ni después, ni en lugar de. Dejen de hablar, dejen de perder el tiempo, tengamos sexo.

SEÑORITA. Gracias, con mucho gusto.

PROFESOR. Entonces, tomen asiento, preparen los cuadernos, y empecemos.

SEÑORITA. Estoy dispuesta de hacerlo sentada, pero ¿para qué los cuadernos?

PROFESOR. Para tomar apuntes.

SEÑORITA. ¿Tomar apuntes? Lo recordaré sin más.

ESPOSA. En lo que a mi se refiere, las actividades grupales no son de mi agrado.

PROFESOR. Quisiera saber ¿por qué?

ESPOSA. Porque soy celosa.

PROFESOR. Querida, Usted no sigue la moda. Los celos son obsoletos. Hasta una gallina carente de ceso ya no cela. ¿Cómo puede hablar de los celos Usted, una mujer ilustrada del siglo XXI?

SEÑORITA. La gallina no es celosa porque por naturaleza de las cosas ella cría a sus pollitos sin marido, porque lo no necesita. Mas los humanos educan a sus hijos juntos, y por eso los celos están en el código genético de una mujer. Será necesario o innecesario, razonable o irracional, pero nosotras celamos.

PROFESOR. Debo decirle con mucho respeto que siendo Usted una chica joven e inexperta, muestra un sorprendente conocimiento e inteligencia.

SEÑORITA. Y además, hace poco Usted me ha prometido fugarse conmigo.

ESPOSA. Y conmigo también.

PROFESOR. Es muy extraño. Hoy tan pronto yo propongo tener sexo, en respuesta todos me proponen huir. Mas estoy de acuerdo. ¡Huyamos!

SEÑORITA. ¿En qué combinación?

PROFESOR. Todos untos. ¡Huyamos!

*Los tres corren en fila en torno a la habitación.
Aparece el MARIDO y se suma a la carrera.
Después de un par de vueltas, se detiene.*

MARIDO. (*Jadeante.*) Dejen de correr. Mejor tengamos sexo.

SEÑORITA, ESPOSA y PROFESOR. (*Se detienen, controlando la respiración.*)
Gracias, con placer.

PROFESOR. De hecho, ya nos hemos visto.

MARIDO. Es mejor saludar dos veces que ninguna. ¿A dónde van corriendo?

PROFESOR. Nosotros no corremos, sino conversamos.

MARIDO. ¿De qué?

SEÑORITA. De sexo por supuesto.

MARIDO. ¿Y eso por qué hablamos sólo de sexo, de sexo, de sexo? Estoy cansado ya. Hablemos de alguna otra cosa.

SEÑORITA. ¿De qué entonces?

MARIDO. No sé. Pero no de eso.

ESPOSA. Así es. Yo también estoy cansada. Ni una palabra sobre el sexo. ¿De acuerdo?

PROFESOR. De acuerdo.

Pausa.

ESPOSA. ¿De qué vamos a conversar?

MARIDO. De algo intelectual. Como es costumbre entre las personas normales.

SEÑORITA. *(Con el entusiasmo.)* ¡Hablemos!

Pausa.

ESPOSA. ¡Vamos a conversar! Con ingenio y alegría. ¿Hablemos?

SEÑORITA. ¡Hablemos! Hace tiempo que he estado soñando con ello.

PROFESOR. Yo también.

Pausa.

MARIDO. Resulta muy agradable conversar de algo inteligente, ¿no es así?

PROFESOR. *(Con entusiasmo.)* ¡Por supuesto!

SEÑORITA. ¡Sin duda!

Pausa.

ESPOSA. Bueno, ¿por qué Usted no habla?

SEÑORITA. ¿Y Usted?

ESPOSA. Yo simplemente no sé por dónde empezar. *(Al PROFESOR.)* Empezé Usted. Es Usted un profesor.

PROFESOR. Aha... Uh-uh... En verdad, que como profesor estoy acostumbrado a hablar sólo sobre temas profesionales.

SEÑORITA. ¿Y cuál es su profesión?

PROFESOR. Usted ya sabe, el sexo. Yo puedo hablar acerca del sexo por un tiempo ilimitado.

ESPOSA. No, el sexo es un tema prohibido.

SEÑORITA. *(Suspirando.)* Sí, un tabú.

ESPOSA. Naturalmente. Lo acordamos.

Pausa.

MARIDO. Bueno, está bien... Si no hay nadie más, estoy dispuesto a empezar.

Todos se disponen a escuchar.

Eh... Un día inesperadamente el marido vuelve a casa antes de tiempo del trabajo y encuentra a su esposa con un aman...

ESPOSA. *(Interrumpiendo.)* ¡Para! Hemos acordado conversar sólo de lo intelectual. Y nada de sexo.

MARIDO. ¿De lo intelectual? Está bien...*(Después de haber pensado.)* Erase una vez que un marido intelectual llega a casa temprano del trabajo y encuentra a su mujer intelectual en la cama con un amante muy intelectual.

Pausa.

ESPOSA. ¿Y qué?

MARIDO. Nada. Aquel día aprendió muchas cosas nuevas.

Pausa.

PROFESOR. ¿Alguien más quiere contar algo intelectual?

Pausa.

¿Acaso no podríamos hablar de literatura, el teatro y la música?

SEÑORITA. Francamente, la literatura no me interesa mucho.

ESPOSA. Y a mí no me interesa la música.

MARIDO. Y a mí, el teatro.

PROFESOR. Tenemos que admitir que en la sociedad actual, donde todos son iguales en el sentido de falta de cultura, el único tema que interesa a todos y siempre, el que está al alcance de comprensión de todos y cada uno, es el sexo.

SEÑORITA. Está bien, si no resulta conversar de lo intelectual, que cada uno hable de lo que le interesa.

ESPOSA. Menos del sexo.

PROFESOR. Por supuesto, no del sexo.

MARIDO. Está de más decirlo.

Pausa.

SEÑORITA. Me pregunto ¿qué otra cosa podría ser interesante, además del sexo?

Pausa.

A mi, por ejemplo, me interesa si ¿existe el sexo poco interesante?

ESPOSA. Existe.

PROFESOR. A mi, francamente, ya no me interesa nada. Incluso el sexo.

SEÑORITA. En realidad, yo tampoco estoy muy interesada en el sexo. Pero el sexo se interesa por mí. Y de manera muy intensa.

ESPOSA. De nuevo nos hemos deslizado hacia el sexo. ¿No podríamos hablar de otra cosa?

SEÑORITA. (*Con tristeza.*) ¿De lo intelectual?

PROFESOR. Sólo de lo intelectual.

Pausa.

ESPOSA. Hablemos de amor. ¿De amor se puede?

PROFESOR. De amor, puede ser.

SEÑORITA. ¿Por qué de amor se puede y de sexo no? ¿Acaso no es lo mismo?

PROFESOR. No del todo.

SEÑORITA. En mi opinión, el "amor" es sólo el antiguo nombre del sexo.

MARIDO. Tal vez la palabra "sexo" entonces fue prohibida por la censura, y en su lugar de utilizaba la palabra "amor".

SEÑORITA. No, parece que el amor es algo diferente. Recuerdo que nos lo enseñaron en la escuela... Es algo que existía en un pasado muy lejano.

ESPOSA. Entonces, ¿qué más da?

PROFESOR. Bueno, se podría decir que en el amor es importante la pareja, y en el sexo, el proceso.

SEÑORITA. ¿Y si la pareja es buena, pero el proceso es deficiente?

PROFESOR. Hay otra consideración, que las mujeres prefieren el amor, y los hombres, el sexo.

SEÑORITA. Mentira. Soy una chica joven, sin experiencia, y yo no sé, que prefieren a los hombres. Pero sí sé, qué preferimos las mujeres.

MARIDO. Profesor, ¿qué es mejor, el sexo o el amor?

PROFESOR. Por supuesto, el sexo. El sexo es bueno para la salud, y el amor es perjudicial.

ESPOSA. ¿Por qué?

PROFESOR. Porque el amor tiene en exceso emociones negativas. Las preocupaciones, los celos, las exigencias, las penas, y las explicaciones

y todo lo demás, mas el sexo sólo proporciona placer. El amor deja recuerdos dolorosos, los nervios rotos y una aguda decepción, y el sexo, sólo un agradable cansancio y un buen apetito.

MARIDO. Y además, el amor requiere mucho tiempo. Toda esta habladuría, ramos de flores, paseos, invitaciones, despedidas... ¿Alguien en nuestros tiempo se lo puede permitir? ¿Quién puede pillar aunque una media hora libre? Pero el sexo, es una distracción de un minuto y a seguir corriendo.

SEÑORITA. Sí, el sexo es algo más moderno.

MARIDO. Fíjense, ¡qué conversación más intelectual nos ha resultado!

SEÑORITA. ¡Y nada de sexo!

ESPOSA. (*Nerviosa.*) El problema es que de nuevo sólo estamos hablando . Y el tiempo pasa.

MARIDO. ¿Qué más podemos hacer?

ESPOSA. No sé. Sólo sé que tenemos que hacer algo. ¿Alguno de Ustedes está contento con su vida?

Pausa.

Les pregunto a todos, ¿alguien está contento con su vida?

PROFESOR. Yo no.

SEÑORITA. Yo no.

MARIDO. Yo no.

ESPOSA. Entonces, ¿por qué estamos aquí sentados charlataneando y aparentando de que todo está bien y fácil?

SEÑORITA. ¿Y quién aparenta? Yo no lo hago.

MARIDO. Pero ¿qué podemos hacer?

ESPOSA. Se los he dicho hace tiempo, escapar.

MARIDO. No tenemos a dónde huir. En ningún lugar es mejor, peor en todas partes. Y será aún peor. Aquí, en todas partes, siempre.

SEÑORITA. Y de si mismo no hay escapatoria.

ESPOSA. Y ¿qué hacer?

PROFESOR. ¡Cualquier cosa! ¡No tenemos tiempo! ¡Decidamos!

SEÑORITA. ¡Bien dicho! Ya es la hora de cambiar algo, hay que actuar, hay que hacer algo. Da igual que cosa. Derrumbar, romper, quemar. Yo no sé ustedes, pero a mí me gustaría.

ESPOSA. Todos nosotros realmente lo queremos...

MARIDO. Si estamos divididos, no resultará nada.

ESPOSA. Tenemos que unirnos. ¡Tenemos que revelarnos! Todos juntos.

MARIDO. ¿Cómo unirnos? Si somos tan diferentes...

PROFESOR. ¡Nos acercaremos! Elaboraremos una plataforma común...

SEÑORITA. Deje, ¿qué plataforma? La única forma de acercamiento rápido es el sexo. Podrán estar sentados juntos en su lugar de trabajo o encontrarse en las fiestas, podrán beber cada fin de semana juntos e ir de picnic, pero esto no los unirá tanto como una noche vivida juntos!

MARIDO. (*Con emoción.*) ¡Entonces unámonos!

PROFESOR. ¡Muy bien! El sexo es el único idioma entendido por todos y amado por todos, desde los papúes a la raza nórdica. Es por eso que trae la paz, la comprensión y la unidad de los pueblos. ¡Viva el sexo!

SEÑORITA. (*Arranca el mantel de la mesa, lo ata a al palo del mocho y lo agita cual una bandera.*) ¡Viva!

SEÑORITA. ¡Libertad! ¡Y ahora!

MARIDO. (*Sube de salto sobre la mesa.*) ¡Viva la rebelión!

ESPOSA. ¡No tenemos nada que perder, sólo nuestras cadenas!

SEÑORITA. ¡Los genitales de todos los países, uníos!

Entra la HERMANA.

HERMANA. Tengamos...*(Se detiene.)* ¿Qué les sucede? ¿Ha pasado algo?

*Pausa. El MARIDO baja de la mesa, la SEÑORITA baja la bandera.
Todos están tensos.*

ESPOSA. No ocurrió nada.

HERMANA. ¿Y por qué todos Ustedes me miran así?

SEÑORITA. La miramos normal.

HERMANA ¿Normal?

ESPOSA. ¿Quién es Usted y qué hace aquí?

HERMANA. Usted lo sabe perfectamente. Así que deje de hablar. Mejor tengamos se... *(La SEÑORITA hace un ademán impaciente.)* ¿Qué? ¿Usted quiere objetar?

SEÑORITA. ¿Yo? Ni lo he pensado.

HERMANA. Perfecto. Ahora tengamos sesión de tratamientos vespertinos y nuestras charlas regulares.

PROFESOR. Nosotros no queremos.

HERMANA. Querido mío, todos vivimos como podemos, si no podemos vivir como queremos.

SEÑORITA. Nosotros no vivimos, no podemos, no queremos y no lo haremos.

HERMANA. Deben hacerlo.

ESPOSA. Nadie le debe nada a nadie.

HERMANA. Sean buenos niños y niñas.

MARIDO. Ya lo somos.

HERMANA. ¿Ustedes no querrán que yo use la fuerza?

ESPOSA. Olvide de la fuerza. ¡Está de nuestro lado!

SEÑORITA. ¡Tengo una idea! ¡Pongámosle una inyección! Que se tranquilice.

ESPOSA. ¿Sabes cómo?

SEÑORITA. ¿Qué hay que saber? ¿Crees que nunca me pinché?

HERMANA. ¿Motín en el barco?

SEÑORITA. Ya lo hemos dicho, hoy no habrá tratamientos.

ESPOSA. Ni mañana tampoco...

MARIDO. Ni pasado mañana.

PROFESOR. Somos personas libres.

HERMANA. La libertad no existe en ninguna parte. Por doquier se requiere el deber, el autodomínio y la disciplina.

ESPOSA. Deje de estos sermones. No la conocemos ni queremos conocer.

HERMANA. ¡Pero yo les conozco muy bien!

SEÑORITA. ¿Qué sabe usted de nosotros?

HERMANA. Ustedes han comprobado que la gente es mala. Egoísta. Agresiva. No es inteligente. Les engañaban, les odiaban, les usaron y abandonaron. Y Ustedes han decidido huir de la vida. ¿No es así?

SEÑORITA. Váyase, Usted nos es desagradable.

HERMANA. Porque yo soy su espejo. Un espejo en el que Ustedes no quieren mirar. Aún así, voy a obligar que lo hagan.

ESPOSA. (*Irónica.*) Me pregunto qué puedo ver en él.

HERMANA. A ti misma. Mírate atentamente. Te imaginas a ti misma esposa de alguien, aunque no estás casada y nunca lo estuviste. Una solterona con complejos. Te has leído las novelas sobre los matrimonios infelices y pronuncias tiradas de que estás cansada de la vida familiar y de tu inexistente marido. ¿Sabes lo duro que es en realidad ver cada noche a un marido cansado y apático con una cara de pocos amigos? En tu

historial clínico hay el apunte de que eres virgen. Y esto de verdad puede llevar a la locura. Si es así, entonces efectivamente cúrate con el sexo. Así que deja de quejarte y cástate, si lo consigues.

ESPOSA. (*Malhumorada.*) Es fácil decirlo.

HERMANA. La mujer debe ser atractiva y esperanzada. Y tú tienes estampada en tu cara la fatiga y la irritación, como si hubieras bebido vinagre. ¿Es esa la manera de atraer a los hombres?

ESPOSA. ¿Qué piensa usted?

HERMANA. Menos quejas y más maquillaje. En los labios un poco más carmín y de sonrisa. La falda más alta, y el escote más bajo. Si quieres huir de ellos, huye, pero de tal modo que te alcancen. Rechaza, pero para que te abracen aún más fuerte. Lucha pero para que fuera más placentero vencerte. Niégate pero que quede claro que cederás. Que seas fría, pero no para congelarlo, sino que para que él te dé calor.

SEÑORITA. Esta lección se la sabe cada colegiala. Incluso yo.

HERMANA. (*A la SEÑORITA.*) Y tú, "una muchacha joven, romántica e inexperta"... ¿Se te ha olvidado que ya te has casado tres veces? ¡Tres veces! ¿Una mujer normal no aguanta una sola vez! No lo sé, has acabado tú con ellos o ellos contigo. Y tú piensas sin parar, ¿por que me han dejado tantas veces? ¿Qué hay en mí que a otros no les gusta? ¿De verdad son culpables toda esta larga fila de hombres que me abandonaron, y no yo misma? " Por eso te inventas una nueva biografía tratando de engañar a los demás y en primer lugar a ti misma. ¿Lo conseguirás?

PROFESOR. ¿Y tal vez no es ella sino Usted quien le inventa la biografía?

HERMANA. Por cierto, profesor... Dígame, ¿cómo es que Usted ha decidido escapar teniendo en cuenta su salud? Sus hijos se han deshecho de Usted, no hay quien le mantenga, por esto Usted se está volviendo loco de soledad, hambre e ingratitud. ¿Quién y dónde le espera? Quédese quieto, coma sus sopas y cremas, y sermonee con sus disertaciones de teoría de sexo. En otro lugar no encontrará oyentes. Además, si no me equivoco, usted no es un profesor, sino un ex maestro de literatura de secundaria. Sin embargo, las lecciones de la literatura no dan para vivir, la literatura no está de moda, el sexo está ahora de moda, por eso se anunció como sexólogo. (*Al ESPOSA*)  Y a Usted, joven, le aconsejo que se case.

MARIDO. ¿Yo?

HERMANA. Su ex esposa, no, no es esta mujer, sino otra, le echó de la casa para que no le moleste con su amante, y desde entonces Usted teme a las mujeres. Teme que ellas le quiten la libertad. Que exigirán que se case con ellas. Que ellas le engañen. Que le dejen. Que le quiten su tiempo. Que se queden con todo su dinero. Que provoquen las peleas con su madre. Que le separen de sus amigos. Que discutan con Usted. Que le aburran. Que sean infelices. ¡Deje de temer a la vida! Sé fuerte. Aunque los fuertes en la vida tienen más dificultades que los débiles...

MARIDO. Yo pensé...

HERMANA. Deje de pensar. Es peligroso pensar. Aprenda a vivir sin pensarlo dos veces. No piense en lo que va a pasar dentro de diez años. Dentro de un año. ¿Qué va a pasar mañana? Aprenda a vivir hoy. No pienses, no pienses, no pienses. Cada uno de nosotros tiene que repetirlo diez veces al día. "Mañana" es una mala palabra. Mañana podemos ir a la quiebra. Perder el empleo. Enfermar. Morir. Y si lo piensas, puedes volverte loco.

ESPOSA. Usted ha contado unas historias interesantes de cada uno de nosotros. Y ¿qué hay de usted? Y si Usted es el espejo, ¿no le gustaría mirarse en sí misma?

HERMANA. No.

ESPOSA. Aún así, le ayudaremos a hacerlo. (*Acerca el espejo a la cara de la HERMANA.*) ¿A quién ve?

La HERMANA no responde.

No quiere contestar, entonces se lo digo yo... Primero que nada, Usted no es ninguna hermana.

HERMANA. No es cierto. ¿Quién soy, según Usted?

ESPOSA. No sé. Una aficionada de inventarse las biografías, una mujer enferma y cansada, que no se sabe por qué se ha imaginado a sí misma como una enfermera, hermana de misericordia. Y ¿qué nos importa quién eres?

PROFESOR. *(A la HERMANA.)* ¿Usted puede pensar que esto es un manicomio? Es absurdo. Del mismo modo, puedo decir que nos encontramos en un hotel.

SEÑORITA. En un balneario.

ESPOSA. En casa.

MARIDO. Simplemente en el trabajo, en cualquier institución.

PROFESOR. Así que deje de aleccionar y de curar.

ESPOSA. Cúrese Usted misma. Y nosotros escaparemos de aquí.

HERMANA. ¿A dónde?

MARIDO. Allí, donde se es mejor.

HERMANA. No se está mejor en ninguna parte, aún peor. Y será aún peor. Aquí, en todas partes, siempre.

SEÑORITA. No importa a dónde.

HERMANA. Ustedes nunca se irán de aquí. Ustedes no están tal mal de cabeza como para querer volver al mundo de la gente normal. Es que aquel mundo es el gran manicomio lleno de vacío y de violencia.

PROFESOR. ¿Se puede decir "lleno de vacío"?

HERMANA. Se puede. Y deje de engañar a si mismos. Están enfermos y lo saben.

MARIDO. ¿Qué hacemos?

HERMANA. *(Con cansancio.)* Vayan a dormir.

Nadie se mueve...

Bueno, ¿por qué no se van?

MARIDO. No quiero estar solo en mi habitación.

PROFESOR. Yo tampoco.

HERMANA. Vayan, estoy muy cansada. Estoy de turno esta noche. Una larga, larga noche... En soledad. Peor que en soledad.

Nadie se va.

ESPOSA. ¿Entonces no nos dirá nada? Tenga un poco de lástima de nosotros. Todo es tan difícil para nosotros y estamos tan solos.

HERMANA. Váyanse.

*Todos se van de mala gana.
La HERMANA se queda sola.*

¿La vida es difícil y están solos? ¿Tenerles lástima? ¿Cuántos de Ustedes saben lo que es de verdad la soledad? ¿Una completa y solitaria soledad? ¿Qué saben de este deseo de sexo real? ¿Quién de Ustedes entiende lo que es el verdadero anhelo de la vida plena? ¿Son capaces de entender lo que significa trabajar de enfermera en un manicomio? ¿Estar con los dementes, que ni siquiera puedes mantener una conversación humanamente normal? ¿Escuchar sus quejas y maldiciones y darte cuenta de que un poco más, y me vuelvo loca también? Cada mañana entro en este mundo loco, loco, loco y por la noche regreso al mundo, que me parece aún más loco. Y, sin embargo, debo trabajar, debo vivir. ¿Para qué? ¿Para que cada día les reparta las píldoras, les ponga inyecciones y sienta su odio? Y ¿sabían Ustedes que yo misma tomo las mismas pastillas y me pongo las mismas inyecciones? Porque la locura -no importa lo que digan los médicos- es contagiosa. Yo les entiendo. Lo que Ustedes toman por su impulso hacia el sexo, en realidad es el deseo de amor y de calor. Ustedes están cansados... Están cansados de vivir y decidieron buscar refugio en un mundo de fantasía. Si Ustedes supieran cómo los entiendo. Yo también estoy cansada. Así que quiero paz.. Paz... No pensar. No hacer planes. No alimentar esperanzas que nunca se hacen realidad. No pensar.

*Una pausa larga, silencio.
La HERMANA se acerca a una de las puertas y toca.*

HERMANA. *(A través de la puerta.)* Tengamos sexo.

No hay respuesta. La HERMANA golpea más fuerte y repite.

¿Me escuchas? ¡Tengamos sexo!

No hay respuesta. La HERMANA se acerca a otra puerta.

¿Me escuchas? ¡Oye! ¡Tengamos sexo!

*No hay respuesta. La HERMANA llama a la siguiente puerta.
Después la siguiente. No hay respuesta.
Entonces la HERMANA se dirige a la sala
(quizás entre ella y el público hay una puerta invisible).*

Tengamos s .

Fin